

PRESENTACIÓN DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE DR. ENNIO VIVALDI

Hacer entrega de este Doctorado Honoris Causa al profesor Patrice Vermeren constituye para nosotros un motivo de alegría, alegría que expresa una cálida admiración y un profundo reconocimiento. Patrice Vermeren representa para nosotros una persona excepcional que nos permite, hoy día, valorar y agradecer la defensa de aquellos principios que nos definen y que nos otorgan la identidad de una gran universidad pública, democrática, pluralista, crítica.

Cuando no hace tanto tiempo, en dictadura, esos principios fueron amenazados, agredidos y denostados, resultó extremadamente importante para la reafirmación de nuestros valores, la solidaridad que recibíamos de tanta gente desde los ámbitos de la academia, la artes o la política de todo el mundo. Sin duda, esa resonancia reafirmaba y fortalecía nuestro propio ideario.

Una parte fundamental de lo que defendíamos cuando confrontábamos a la dictadura, era un factor de identidad principal: la lucha por defender la educación pública. Y mencionar el contexto de la educación pública otorga una connotación adicional a Vermeren y tantos otros académicos franceses que nos apoyaron. Francia es una referencia fundamental para la educación en el mundo, especialmente para la educación chilena. Sin lugar a dudas, uno de los puntos de quiebre que la Revolución francesa conquistó para la humanidad fue su voluntad de transformar a quienes hasta entonces eran súbditos, en los nuevos ciudadanos. Para ello resultaba necesario contar con una educación inclusiva y solidaria. Desde sus orígenes, el modelo educacional chileno se inspiró fuertemente en el modelo francés.

Así, con Patrice Vermeren, un ejemplo insuperable del apoyo recibido en los momentos más difíciles, estamos también honrando, más allá de quien recibe la medalla, a Francia; y lo hacemos, más allá de quien la otorga, en nombre de Chile. Aquí se está honrando también a la educación como ente integrador e incluyente, en contraposición a otra concepción, basada en el individualismo, cuya expresión extrema es el reduccionismo de la condición humana a transacciones económicas.

Es muy importante que este reconocimiento lo estemos haciendo aquí en Chile pues nuestro país, ya por varios años, se ha constituido en un campo de batalla donde se defienden esas ideas de inclusión, de promoción de una cohesión social, de fundamentación de una República. Una sociedad que aspire a la equidad y que permita la expresión del talento a todos los jóvenes por el bien de ellos y del país todo.

Entre los aspectos más centrales están, exactamente, conceptos como la institucionalización de la filosofía. Siguiendo un ideologismo extremo, la filosofía, las humanidades y las ciencias sociales fueron confrontadas de modo inédito en el intento

por cambiar la educación chilena. Aquí, más que confrontación, hubo un intento de aplastar esta visión de la educación para la cual esas disciplinas son parte esencial. Por esta razón resulta aún más notable destacar nuestro reconocimiento al trabajo que Patrice Vermeren ha hecho en su defensa. Como el protagonista sartriano de *Le Diable et le bon Dieu*, había que tomar responsablemente la decisión que el momento exigía, había que luchar por la defensa de la tradición humanística.

Aquí en Chile, como en ninguna parte, se defendió más desembozadamente aquel concepto de educación que, precisamente, prescinde de la institucionalización de la filosofía y entiende la formación de profesionales en la universidad como un proceso que habrá de tener como métrica lo que los estudiantes están dispuestos a pagar por alcanzar determinados grados, ellos pensando a la vez que estos les reportarán recompensaciones pecuniarias. Más aún, se declara una aceptación explícita que, en vez de intentar ofrecer oportunidades comparables, la calidad de la educación va a estar determinada por la capacidad adquisitiva de cada cual. Es un concepto de educación dramáticamente diferente al que nosotros conocimos y heredamos de esta tradición francesa, y por eso es tan importante enfatizar el significado que en ella cabe a la filosofía.

Entiendo que una persona de 50 años compre un departamento para arrendarlo y generar un ingreso mensual, pero a una persona de 17 años decirle “usted va a tener un título y de ahí en adelante va a ganar más que el que no tiene el título, así que le conviene endeudarse”, es realmente un despropósito. Salvador Allende decía que el idealismo de los jóvenes estaba casi determinado biológicamente; y decía que hay una edad en la cual uno se encuentra con ideas que le abren horizontes intelectuales insospechados y que le ofrecen nuevas maneras de percibir el mundo. Es ahí donde radica la importancia de defender la enseñanza de la filosofía y de cuestionar también la forma en que son tratados los jóvenes en la actualidad, donde quizás los mismos 400 golpes están presentes de nuevas formas. Se suele decir que son los jóvenes quienes han cambiado, cuando me parece mucho más justo decir que es el mundo que se les ofrece a ellos el que hoy es drásticamente distinto. Hay que tener mucho cuidado en esto.

Entonces, hay quienes sórdidamente se atreverían a decir que la enseñanza de la filosofía y las humanidades hoy debiera ser considerada una pérdida de tiempo, pues no es para eso que la gente va a la universidad. Y es por ello que el trabajo del profesor Vermeren apunta a la defensa de lo que es el sentido mismo de la universidad. Son muchos hoy en el mundo los que han comprendido el significado trascendente de este posicionamiento, y la gravedad de las consecuencias que debemos esperar si la academia hoy no se defiende a sí misma con valor y determinación. Al respecto, un libro escrito hace unos diez años por Anthony Kronman, tiene un título insuperablemente explícito y cándido: “Education’s End: Why Colleges and Universities have Given Up on the Meaning of Life”. Siguiendo a Kronman, en el modelo impuesto en Chile, la universidad aparecería conscientemente renunciando a lo que se espera fuera su misión principal.

En los años sesenta las nuevas generaciones vivieron posibilidades extremadamente originales para atreverse a proponer cambios sociales profundos. Estuvo el movimiento estudiantil que dibujó un emblema imborrable en el París de Mayo 68. En el caso de los estudiantes chilenos, su movimiento se amalgamaba con una propuesta de cambio

social que apelaba a vías inéditas. Patrice Vermeren, sus coetáneos franceses y sus pares chilenos aprendieron de esos procesos. En muchos casos sobrellevando vidas difíciles y circunstancias amargas. Hoy están aquí para ofrecer lo aprendido a las nuevas generaciones.

También al distinguir a Patrice Vermeren estamos saludando la lealtad a los valores y la permanencia en la acción de una generación singular en nuestras historias.